

# Marx, la historia y los historiadores

UNA RELACIÓN A REINVENTAR

Enzo Traverso

El «retorno a Marx» que se ha iniciado en los últimos años –muy patente en lo que suele llamarse el nuevo pensamiento crítico– no ha alcanzado a la historia. Para la mayor parte de los jóvenes historiadores, Marx es una especie de *terra incognita*. Para sus colegas de más edad, una figura olvidada, cuando no proscrita. Es cierto que muchos historiadores marxistas siguen en activo y producen mucho, sobre todo en el ámbito anglosajón, pero la historiografía en su conjunto no ha pasado aún la página de la «crisis del marxismo». Eric Hobsbawm, el más célebre de los historiadores marxistas, constataba este fenómeno con lucidez: «Los veinticinco años siguientes al centenario de la muerte de Marx serían los años más oscuros en la historia de su legado».<sup>1</sup> En Francia, Thierry Aprile trazaba un panorama aún más sombrío. En su reconstrucción de la trayectoria del marxismo en la historiografía, subrayaba por de pronto el reconocimiento del que habría gozado, un reconocimiento que dio sus primeros pasos en la década de 1930 y prosiguió después de la Segunda Guerra Mundial –sobre todo gracias a la escuela de *Annales*, que comportaría su entrada, al principio tímida, en el ámbito universitario–, y posteriormente su hegemonía (Aprile no duda en hablar de «dominio»), establecida en las décadas de 1960 y 1970, cuando acompañó al apogeo del estructuralismo, antes de iniciar a partir de mediados de la década de 1970 un declive que lo llevaría, finalmente, a desaparecer en el curso de la década siguiente. La inflexión de 1989 vendría a simbolizar su defunción definitiva. Y dio comienzo por entonces un periodo en el que, según Aprile, «incluso la referencia al marxismo podía comportar la descalificación de quien la hiciera».<sup>2</sup>

Con un enfoque similar, Matt Perry ha distinguido tres etapas principales de la historiografía marxista que identifica, un tanto apresuradamente, con «generaciones» distintas. La primera es la de los fundadores, Marx y Engels, a los que se podría añadir una figura como Franz Mehring. Luego viene una etapa

intermedia, que sitúa entre las dos guerras mundiales, marcada por teóricos marxistas que escriben y reflexionan sobre la historia (Georg Lukács, León Trotsky, Antonio Gramsci, José Carlos Mariátegui) y por algunos grandes historiadores (David Riazanov, Arthur Rosenberg, C.L.R. James, Karl A. Wittfogel, W.E.B. Du Bois). Finalmente, una tercera etapa, la de la Guerra Fría (1947-1989), en la que surgió una historiografía marxista original y potente cuyos batallones se lanzaron a la conquista de la universidad (de la que, salvo alguna excepción, siempre habían sido excluidos), transformando los paradigmas de su disciplina. En este periodo irrumpen nuevas corrientes que transforman literalmente, tanto por sus métodos como por sus objetos de estudio, el taller del historiador. En la estela de Albert Mathiez y de Georges Lefebvre, una pléyade de investigadores (Albert Soboul, Claude Mazauric, Michel Vovelle) elaboran una historiografía marxista de la Revolución francesa que disputa el terreno a la Escuela conservadora (Richard Cobb, François Furet) e imponen su hegemonía durante un largo periodo. En Gran Bretaña la *history from below* (Eric Hobsbawm, Christopher Hill, E.P. Thompson, Raphael Samuel) vuelve sobre la historia de la Revolución inglesa y la revolución industrial, descubre la cultura obrera y reconsidera el concepto de clase, mientras que los *Cultural Studies* (Stuart Hall, Raymond Williams) introducen la antropología en el marxismo para analizar el imaginario y las culturas populares. En Estados Unidos los teóricos del *world-system* (Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi) reinterpretan a Fernand Braudel a la luz del marxismo y elaboran una historia global del capitalismo. Paralelamente surge una *new labor history* que reescribe la historia del movimiento obrero situando en el centro del análisis el «obrero-masa» (*unskilled*) y no las ideologías y los partidos políticos (Herbert Gutman, Harry Braverman, posteriormente Mike Davis). En los países del socialismo real la Escuela de medievalistas y modernistas polacos (Witold Kula, Jerzy Topolski) relanza la reflexión sobre la transición del feudalismo al capitalismo, que conoce un resurgimiento en los años ochenta con el *debate Brenner*. En India los *Subaltern Studies* (Ranjit Guha, Dipesh Chakrabarty) reinterpretan los conceptos gramscianos de subalternidad y hegemonía para elaborar una historia desde la perspectiva de los dominados, más allá de las visiones propagadas por los colonizadores y las élites autóctonas. En general a partir de la década de 1960 la historia social y cultural alcanza un auge impresionante –con la creación de revistas y la proliferación de asociaciones– en el marco de un marxismo abierto y antidogmático. La historiografía en su conjunto se transformó bajo el signo de una confrontación casi obligatoria con el marxismo. Todas las nuevas corrientes historiográficas –la historia de las mujeres, la historia oral, la microhistoria o la historia de los intelectuales– muestran las huellas, más o menos profundas, de su influencia. Pero este ciclo fulgurante acabó por agotarse. Quedan hoy diversos representantes de esta tercera etapa, pero su vínculo con el marxismo se ha atenuado notablemente y hasta ahora no han aparecido por ninguna parte, constata Perry, signos anunciadores de una «cuarta generación».<sup>3</sup>

¿Cómo explicar esta ruptura de la continuidad? No me parece merecedor del mínimo crédito el argumento que se suele aducir sobre un eclipse general de la razón histórica arrastrada por la ola posmodernista. Pensar que la irrupción de un irracionalismo hostil a la historia que hace de ésta una simple construcción de lenguaje, un discurso autónomo e independiente de la realidad exterior –y por tanto de la verificación factual–, habría hecho mella en las categorías interpretativas del marxismo (clases, fuerzas productivas y relaciones sociales de producción, capitalismo, etc.), es a mi entender una simplificación harto discutible. Por una parte, los marxistas reaccionaron muy pronto al *linguistic turn*, en cuanto sus efectos se manifestaron en la historia;<sup>4</sup> por otra, el posmodernismo no ha socavado en absoluto la existencia de la historiografía como disciplina, cuya producción ha proseguido e incluso se ha multiplicado tanto en la investigación como en el campo de la edición. En algunos casos ha tenido incluso consecuencias positivas para la historiografía, que ha ampliado su campo de investigación a nuevos temas o ha forzado a los historiadores a reflexionar sobre la dimensión ligada a la *escritura* de su práctica, sin por ello dejarse asimilar al «*maelstrom* textualista» que pretendería suprimir las diferencias entre la historia y la literatura.<sup>5</sup> Sin duda, en muchos aspectos cabe pensar que el poscolonialismo, en su búsqueda de una síntesis entre el antiimperialismo, la crítica del eurocentrismo y la valoración de la subjetividad de los dominados, es el producto del encuentro entre el marxismo y el posmodernismo.<sup>6</sup> La postura meramente defensiva que sugieren Eric Hobsbawm o Ellen Meiksins Wood –y que consiste en hacer del marxismo la fuerza motriz de una suerte de «frente de la razón» para contener la amenaza de un vago irracionalismo hostil a la historia–<sup>7</sup> me parece que peca de miope. La crítica desde la historia (no solo marxista) al posmodernismo ha sido vigorosa. Y se ha revelado fecunda sobre todo cuando ha visto en éste un desafío más que una amenaza.<sup>8</sup>

## EL PESO DE LA DERROTA

El retroceso del marxismo en la historiografía tiene causas más bien políticas. La hegemonía marxista en las ciencias sociales (entre ellas la historia) se vio reforzada por el advenimiento de la universidad de masas en la posguerra, desde luego, pero lo que la hizo posible fue sobre todo el avance generalizado en las luchas sociales y políticas. Entre la Resistencia y los años 70, pasando por la descolonización y las revoluciones en Asia y América Latina, se forjaron nuevas relaciones entre los intelectuales y los movimientos políticos, a menudo partidos de masas, que encarnaban el legado de Marx. La revolución conservadora de los años 80, que llegó a su apogeo con el vuelco de 1989, invirtió las tendencias. El impacto fue brutal y los efectos acumulativos de esta derrota histórica son hoy particularmente perceptibles en una disciplina como la historia, que por defini-

ción mira al pasado. En el curso de los últimos veinticinco años la historiografía se ha renovado (basta pensar en la historia cultural, la historia de género, la historia de la memoria) bajo el signo de la *despolitización*. La historia política, por su parte, acusa la impronta del retorno a los paradigmas tradicionales –en ocasiones una verdadera regresión ideológica, como se ha podido observar en los debates sobre la Revolución francesa, el comunismo y el totalitarismo–,<sup>9</sup> favorecido por la transformación de la disciplina en agencia de asesoría especializada para los medios de comunicación, la industria cultural y el poder político. Es decir, el retroceso del marxismo ha dejado un vacío que ha llenado una historiografía de coloración conservadora. De espacio de elaboración de una conciencia crítica del pasado, ha venido a ser un poderoso vector de conformismo cultural: la Revolución francesa fue conmemorada para enterrar el siglo de los comunismos, el totalitarismo analizado para legitimar la democracia liberal como horizonte insuperable de la historia, la memoria monumentalizada como virtud del humanitarismo post-totalitario, el pasado nacional patrimonializado con celo conservador. La importante campaña de protestas que desencadenó el proyecto de creación de una Casa de la Historia de Francia (señuelo cultural de la política de defensa de la «identidad nacional») parece, por el contrario, sugerir un cambio saludable basado en el rechazo a las pretensiones del poder de ejercer el control sobre el pasado.<sup>10</sup>

De todos modos, si la historiografía marxista ha conocido un declive evidente, conviene también situarlo en su justa perspectiva. Una precaución elemental debería, así, llevarnos a relativizar tanto su hegemonía en las décadas de 1960 y 1970 como su retroceso a partir de la década siguiente. Muchos historiadores marxistas no están demasiado alejados, en el plano metodológico, de sus colegas conservadores. Entre las historias de la Internacional Comunista escritas por el trotskysta Pierre Broué, el eurocomunista Paolo Spriano y el anticomunista Franz Borkenau<sup>11</sup> no existen grandes diferencias en cuanto al método, las fuentes o las categorías analíticas. Su apreciación de los acontecimientos y sus conclusiones varían, pero todos ellos comparten una visión de la historia del movimiento obrero más bien prefijada, centrada en los aparatos y en los debates sobre estrategia de los congresos. Se trata siempre de una historia política, incluso ideológica, muy lejos de una historia de carne y hueso. En definitiva, para buen número de historiadores el abandono del marxismo no significó sino un cambio de orientación política o de objeto de investigación.

La historiografía marxista que, por definición, no podía presentarse como «axiológicamente neutral» o «libre de valores» (*wertfrei*) en el sentido weberiano, había de acusar por fuerza todos los efectos del giro histórico de 1989. La caída del comunismo ha sido bastante más que el final de un sistema de poder que estaba ya desacreditado a los ojos de la opinión internacional. Más allá de eso, ha venido a clausurar una época situada bajo el signo del «principio esperanza»: una utopía emancipatoria que, nacida con la Revolución rusa,

acompañó toda una concatenación de luchas y revoluciones. Pero el siglo XX se ha saldado con una derrota histórica del socialismo y el siglo que ha venido después, el actual, ha visto la luz en un mundo ayuno de utopías. El «presentismo» –el régimen de historicidad hoy predominante– es el resultado de una ruptura de la dialéctica de la historia, que hace del presente, según Reinhart Koselleck, punto de tensión entre el pasado como «campo de experiencia» y el futuro como «horizonte de expectativa».<sup>12</sup> Este horizonte aparece ahora nebuloso, invisible.

Aunque según modalidades diversas, sobre la base de compromisos políticos más o menos explícitos, los historiadores que se situaban en la tradición de Marx se atenían al postulado según el cual la interpretación del mundo debía orientarse a su transformación. Veían el cambio revolucionario de la realidad como un proceso cuyo motor –el proletariado– seguía siendo, a través de múltiples mediaciones, su referente social. El historiador reconstruía e interpretaba el pasado desde una perspectiva de clase, según la fórmula de Lukács, para quien gracias al marxismo el sujeto del conocimiento histórico coincidía con su objeto.<sup>13</sup> Desde este ángulo no hay historia que no sea una historia de las luchas entre las clases, y la historia marxista, sea cual sea su objeto, adopta siempre el punto de vista de los dominados. Incluso para un marxista heterodoxo como Walter Benjamin, «el sujeto del conocimiento histórico es la clase combatiente, la clase oprimida misma. Aparece en Marx como la última clase sometida, la clase vengadora que, en nombre de generaciones de vencidos, lleva a su término la obra de liberación».<sup>14</sup>

Una historiografía basada en estas premisas difícilmente podía salir indemne de una derrota de grandes proporciones del socialismo. Después de 1989 el movimiento obrero parecía anulado en sus realizaciones históricas (el socialismo real), en sus formas políticas (el declive o final de los partidos que se reclamaban del comunismo) e incluso en su cuerpo social (las transformaciones estructurales de las clases laboriosas derivadas del final del fordismo). La oleada memorial desencadenada en el curso de los últimos tres decenios, uno de cuyos vectores ha sido la historiografía, se ha centrado en las víctimas de las violencias de la historia –de la esclavitud a los genocidios del siglo XX– dejando en el olvido a los actores de las luchas que atravesaron una época de sangre y fuego. La memoria de clase se ha desvanecido con la fábrica fordista, su marco social de transmisión, y con los partidos que fueron su portavoz. Si se perpetúa hoy es como una memoria *marrana*, invisible en el espacio público, en el que los testigos aportan el recuerdo de una humanidad herida y no el de aquellos hombres y mujeres que libraron luchas de resistencia o de liberación. La memoria de la Shoah ha ocupado el lugar de la memoria antifascista. La compasión por las víctimas de las catástrofes humanitarias eclipsa el recuerdo de las luchas contra el colonialismo. La tendencia a hacer de los genocidios y de los totalitarismos un prisma casi exclusivo de lectura del siglo XX es el síntoma

de una regresión de la inteligibilidad del pasado del que la historiografía ha sido espejo a menudo.

## TELEOLOGÍA

En los primeros años de mi formación intelectual y política, en la Italia de la década de 1970, el marxismo tenía una vocación «totalizadora» –en el sentido hegeliano del término– que le confería un estatus no solo de «ciencia», sino de verdadera ciencia maestra, una suerte de «ciencia de ciencias». Un artículo de Ernest Mandel de 1978 resume muy bien el espíritu de la época: «La gran fuerza de atracción intelectual del marxismo reside en el hecho de que permite una integración racional, completa y coherente de todas las ciencias humanas, sin equivalente hasta hoy».<sup>15</sup> El marxismo, que se presentaba como una especie de «superación dialéctica» de las ciencias humanas y sociales, había podido enriquecerse en contacto con todos los campos del saber y beneficiarse de su renovación epistemológica. Su simbiosis con el existencialismo, el estructuralismo, el psicoanálisis, la antropología y la sociología lo enriquecieron, permitiéndole obtener resultados considerables. En este contexto los historiadores marxistas oscilaban entre un *panhistorismo* (la voluntad declarada de integrar la totalidad de saberes en la historia) y la disolución de la historia en un marxismo entendido como ciencia global de la sociedad. Para Pierre Vilar, Marx no era «historiador» en el sentido tradicional del término, pero siempre había pensado históricamente, en virtud de lo cual podía decirse que la «crítica histórica de la razón» era su verdadero «descubrimiento». Señalaba pues en este historicismo radical la esencia misma del marxismo: «Pensarlo todo históricamente, eso es el marxismo. (...) A todos los niveles, la historia marxista está por hacer. Y es la historia sin más.»<sup>16</sup> El marxismo es inconcebible sin la historia y, al mismo tiempo, la historia está incorporada al marxismo. Sin embargo, esta concepción perdió capacidad de atracción cuando, en un nuevo contexto, la síntesis entre interpretación y transformación del mundo que era inherente al marxismo desde sus comienzos pareció romperse. En los diez años siguientes muy pocos historiadores habrían suscrito la conclusión de Pierre Vilar.

Pese a su gran variedad, las corrientes historiográficas aparecidas después de la muerte del fundador del materialismo histórico –del marxismo como ciencia positiva de la historia al marxismo como historicismo humanista y dialéctico– pueden inscribirse en el surco de su pensamiento y apoyarse en él, privilegiando y en ocasiones radicalizando de manera unilateral tal o cual aspecto de una teoría abierta, atravesada por tensiones fecundas y no siempre resueltas. Hay un Marx teleológico, positivista, teórico del socialismo como resultado casi ineluctable del progreso y del desarrollo de las fuerzas productivas. Es el Marx de la célebre «Introducción» de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, cano-

nizada por la historiografía positivista (con ayuda de Engels y de Kautsky), cuyo pensamiento fue transformado en escolástica en los países del socialismo real.<sup>17</sup> Pero junto a este Marx hay otro: un Marx dialéctico y antipositivista, adversario del eurocentrismo y del colonialismo, crítico de la explotación capitalista y de la civilización burguesa en su conjunto, partidario de la autoemancipación de los oprimidos más que del progreso técnico. Es el Marx que en sus cartas a los populistas rusos ponía en guardia a los lectores de *El Capital* frente a la transformación de su análisis de la génesis del capitalismo en Europa occidental en «una teoría histórico-filosófica de la evolución general, fatalmente impuesta a todos los pueblos, con independencia de las circunstancias históricas que los rodeasen».<sup>18</sup> Es el Marx que analizó las revoluciones del siglo XIX y que, en las antípodas de cualquier teleología, formula una visión de la historia como resultado de la acción humana sujeta a una red compleja de restricciones a la vez materiales y culturales. «Los hombres hacen su propia historia –escribe en *El 18 Brumario de Louis Bonaparte*– pero no la hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.»<sup>19</sup>

A menudo en la historiografía marxista ha coexistido la visión del pasado como evolución ineluctable de las formaciones sociales con una visión voluntarista basada en una acentuación casi exclusiva de la *agency* y del *empowerment*, por utilizar el léxico de los teóricos críticos contemporáneos. La primera, defendida por una tradición positivista que llega hasta Louis Althusser, ve en los seres humanos instrumentos inconscientes de la historia.<sup>20</sup> La segunda alcanzó su definición más tajante en Trotsky, en 1938, cuando escribió que «la crisis histórica de la humanidad» se reducía en último análisis a la falta de una dirección revolucionaria.<sup>21</sup> Entre ambas, la historiografía marxista no ha sabido desembarazarse nunca de una cierta teleología implícita en sus dispositivos de historización, que tendían a adoptar esquemas eurocéntricos tanto para definir las rupturas históricas como para establecer los criterios de periodización. Los debates clásicos sobre la transición del feudalismo al capitalismo o acerca de las revoluciones modernas presuponían una secuencia cuyo modelo era Europa y la estación término, implícita y necesaria, el socialismo.<sup>22</sup> Muchas veces esta postura teórica reflejaba una cultura ampliamente difundida en el movimiento socialista, como recordaba Hobsbawm con la anécdota del sindicalista británico de origen obrero que se dirigía en los años 30 a un estadista conservador tratándolo como un vestigio del pasado: «Su clase es una clase en decadencia; la mía representa el futuro».<sup>23</sup>

Isaac Deutscher interpretaba el estalinismo como un avatar ligado a las contradicciones del proceso de acumulación socialista primitiva, unas contradicciones cuya resolución dependía en última instancia del desarrollo de las fuerzas productivas. Una vez liberado de las trabas que suponía el atraso soviético, el



socialismo conquistaría el mundo.<sup>24</sup> La tetralogía que dedicó Eric Hobsbawm a la historia de los siglos XIX y XX, cuyo primer volumen apareció en 1964 y el último en 1994, muestra de manera elocuente el tránsito de la antigua teleología marxista a la lúcida constatación de una derrota histórica que pone en cuestión toda la idea de una secuencia necesaria de las formaciones sociales. El primer volumen estudia las revoluciones burguesas entre 1789 y 1848, año que anuncia el advenimiento de las revoluciones proletarias y socialistas.<sup>25</sup> El último volumen llega a la conclusión de que el fracaso del comunismo estaba inscrito en sus propias contradicciones: «La tragedia de la Revolución de Octubre es precisamente no haber podido producir otra cosa sino un socialismo autoritario, implacable y brutal».<sup>26</sup> Ya el título mismo de la última obra de Giovanni Arrighi, *Adam Smith en Pekín*,<sup>27</sup> que ve en el capitalismo y el mercado la culminación de la Revolución china, ilustra de manera emblemática el cuestionamiento de la visión marxista tradicional de la transición del capitalismo al socialismo. En 1989 la teleología parece que abandonó definitivamente al marxismo y se trasladó con armas y bagajes al campo de los apologetas del mercado y del liberalismo. Según François Furet el comunismo no fue, al igual que el fascismo, sino un simple paréntesis en la marcha ineluctable de la historia hacia la democracia liberal.<sup>28</sup>

Pero las aportaciones más interesantes de la historiografía posterior a 1989 son las que han dejado de lado el enfoque teleológico en todas sus variantes. El siglo XIX tiene ahora límites cronológicos abiertos, sus revoluciones burguesas no anuncian las revoluciones proletarias del siglo XX y se inscriben en ciclos en los que Europa aparece como un momento, ya no como el epicentro. Hay de entrada un ciclo «atántico» que se inicia en América del Norte en 1776 y finaliza en Haití en 1804, pasando por la Revolución francesa, luego una segunda oleada de revoluciones desconectadas entre sí, cuyo punto de partida se sitúa en Europa continental en 1848 y el de llegada en Estados Unidos en 1865, año en que finaliza la guerra civil americana. Durante estos dos decenios se produjo la insurrección Taiping en China y la revuelta de los cipayos contra el colonialismo británico en la India.<sup>29</sup> Bajo esta perspectiva, 1789, 1848, 1871 y 1917 ya no constituyen los sucesivos hitos de una secuencia única que señalaría el trayecto de la humanidad hacia el socialismo. La historia se dibuja como un laberinto, una ruta llena de bifurcaciones y rodeos. En el fondo Marx mismo lo sabía, por ejemplo cuando criticaba la tendencia de las revoluciones a alimentarse de «los recuerdos de la historia universal para aturdirse acerca de su propio contenido».<sup>30</sup>



## REACTIVAR EL PASADO

Creo haber aprendido, al hilo del tiempo, a establecer con el marxismo una relación de tensión crítica –más fuerte hoy que en el pasado– que permitiría integrar nuevas aportaciones y a la vez sustraerse a los dilemas que plantea la adhesión (o el rechazo) a un sistema de pensamiento construido a la manera de un edificio cerrado. No creo en el marxismo como arsenal conceptual autosuficiente. Desconfío en la actualidad de cualquier dispositivo teórico listo para su aplicación a realidades dinámicas a manera de un conjunto de categorías normativas. Trato de hacer un uso fructífero de una serie de conceptos legados por la tradición marxista –clase, lucha de clases, hegemonía, reificación, modo de producción, capitalismo, imperialismo– pero francamente me produce horror su transformación en conceptos de aplicación universal e indiferenciada. Lo mismo vale para conceptos muy difundidos hoy tales como la desconstrucción, la «práctica discursiva», el biopoder, el campo y el subcampo, el *habitus* o la reproducción. La visión crítica de la historia esbozada por Marx sigue siendo a mi entender un logro y una aportación imprescindible, pero la hermenéutica histórica derivada de un marxismo transformado en doctrina me parece problemática. La actitud de E.P. Thompson, quien hacia el final de su vida se decía «posmarxista» y reafirmaba su adhesión al marxismo frente a sus detractores y a la vez su alejamiento respecto de los devotos ingenuos o ciegos, me parece, a fin de cuentas, la más honesta.<sup>31</sup> Se negaba a considerar «la historiografía como la sierva de un presunto corpus general del marxismo como teoría, situado en otra parte» (sobre todo en la filosofía). «La historia –escribía Thompson– no es una factoría para el fabricante de la Gran Teoría [...] ni una cadena de montaje para la producción en serie de pequeñas teorías. Tampoco es un gigantesco laboratorio experimental en el que podría “aplicarse”, “comprobarse” o “confirmarse” la teoría de una empresa foránea. No es ese, desde luego, su objetivo. Su objetivo consiste en reconstruir, “explicar” y “comprender” su objeto: la historia real.»<sup>32</sup>

¿Qué queda de una historiografía que se ha desprendido de la teleología y el determinismo? Pues queda mucho: la tarea de descifrar el pasado concebido como totalidad abierta, como una historia que hacen –según la fórmula de Marx– los hombres y las mujeres con sus acciones y sus luchas pero a partir de condiciones sociales y culturales dadas. En este esfuerzo de situar en la historia, es decir, de contextualización, objetivación y conceptualización del pasado, el historiador construye un relato (la escritura de la historia) que selecciona, ordena e interpreta la materia heterogénea del universo histórico (la realidad factual, pero también el pensamiento y el imaginario). En esta labor ciertas herramientas epistemológicas aportadas por Marx pueden revelarse indispensables (pero no siempre y a veces menos que otras). Marx nos ayuda a tener presentes las relaciones y los conflictos sociales, las lógicas culturales y políticas que subyacen a los acontecimientos y a sus actores. Se trata de interacciones y no de causalidades mecánicas. La compren-

sión de esas interacciones permite construir un discurso crítico sobre el pasado. Es un enfoque opuesto a la historia como discurso del poder, desgranada tradicionalmente por el Estado (con sus archivos, sus museos, sus conmemoraciones) y en la actualidad, cada vez más, por los medios de comunicación de masas y la industria cultural, que actúan como poderosos vectores de reificación del pasado. Tenemos, por tanto, necesidad de Marx. Ahora bien, si cabe dudar de una historiografía crítica que prescindiera de Marx, también debemos desconfiar de las tentativas de asimilar la historia al marxismo, considerándola mero apéndice de éste. El siglo XX ha puesto ampliamente de manifiesto hasta qué punto el propio marxismo ha podido verse envilecido y transformado en ideología.

Esta tensión crítica con respecto a la tradición marxista es sin duda la única manera de evitar los escollos simétricos de la apostasía estéril y de la fidelidad ciega. En el fondo los antimarxistas se dividen en dos categorías: los críticos y los «renegados», no en el sentido en que Lenin se refería a Kautsky, es decir, para estigmatizarlo en el plano ético y político, sino en el sentido en que Isaac Deutscher y Hannah Arendt se referían a los ex comunistas en la época de la Guerra Fría.<sup>33</sup> Cierta número de liberales (Max Weber, Benedetto Croce, Raymond Aron, Isaiah Berlin, Norberto Bobbio) o incluso conservadores y reaccionarios (Werner Sombart, Carl Schmitt, Augusto Del Noce) han reconocido lo fructífera que puede resultar una confrontación crítica con el pensamiento de Marx. Los «renegados», esto es, los ex comunistas, pasaron de una adhesión total a un rechazo asimismo total del pensamiento de Marx. Se podría citar a este respecto, entre los historiadores, a Franz Borkenau, Eugene D. Genovese, Annie Kriegel y François Furet. A menudo se trata de ex estalinistas que han mantenido una visión del mundo esquemática y sectaria, limitándose a cambiar de barco. Estos dilemas, sin embargo, no han afectado nunca a los historiadores que se han servido, en mayor o menor grado, de la aportación de Marx sin por ello plantearse si debían definirse como «marxistas». Es el caso de un historiador de la Grecia antigua como Pierre Vidal-Naquet, que reconocía su deuda con Moses Finley, o el de un historiador del mundo contemporáneo como Arno J. Mayer. Me identifico plenamente, en este sentido, con estas palabras de Georges Duby: «Mi deuda con el marxismo es inmensa. Me complace hacerlo constar. Por lealtad. [...] Con todo, afirmo con no menor claridad que no creo en la objetividad del historiador, ni que se pueda señalar “en última instancia” el más determinante de los factores de los que procede la evolución de las sociedades humanas».<sup>34</sup> Es tal vez en este sentido en el que Vilar subrayaba la «convergencia de las enseñanzas de Lucien Febvre con la enseñanza de Marx»<sup>35</sup> o en el que Hobsbawm señalaba lo mucho que el lanzamiento en 1952 de una iniciativa marxista como la revista británica *Past and Present* debía al modelo de *Annales* de Fernand Braudel.<sup>36</sup>

Me parece por otra parte que puede entreverse una relación fecunda con el pensamiento de Marx en los escritos históricos de Walter Benjamin, de la *Obra de los Pasajes* a sus tesis «Sobre el concepto de historia». Benjamin no buscaba

en Marx una clave de lectura del mundo, sino más bien una sensibilidad, una *Stimmung*, un estilo de pensamiento. Benjamin participa de lo que cabe llamar, por utilizar la fórmula acuñada por Michael Löwy y Daniel Bensaïd, «marxismo melancólico»,<sup>37</sup> susceptible de establecer una tensa relación con otras tradiciones –en su caso el mesianismo judío– y libre de cualquier ortodoxia. Así pudo darles la vuelta a todos los cánones marxistas de su época: no veía la revolución como la «locomotora de la historia» que conducía a la humanidad hacia el «Progreso» sino como el «freno de emergencia» que detiene el curso ciego de la civilización –uno de cuyos rostros era el fascismo– hacia la catástrofe.<sup>38</sup> Benjamin introdujo en el marxismo una melancolía derivada del espectro de las derrotas acumuladas en el curso de la historia y que tiene presente el reuerdo de los vencidos. Este enfoque es perceptible hoy en los historiadores que han entablado una relación de complicidad más o menos consciente con el pensamiento de Benjamin, aunque provengan de tradiciones diferentes. Entre estos cabría referirse a Carlo Ginzburg, el fundador de la microhistoria –autor de una obra como *El queso y los gusanos*, que analiza la cultura popular restituyendo la voz de los humildes, de los anónimos, de los que fueron borrados de la Historia–,<sup>39</sup> a Adolfo Gilly, que ha relacionado el espíritu de los campesinos zapatistas con aspectos de la Revolución mexicana,<sup>40</sup> o a Ranajit Guha, resuelto a escuchar las «voces bajas» de los insurgentes indios del siglo XIX, ocultas entre las líneas de la prosa colonial.<sup>41</sup> Para Benjamin la historia es ante todo una rememoración de los vencidos, cuyo recuerdo es portador de una «promesa de redención». Un historiador de los conceptos como Reinhart Koselleck ha circunscrito oportunamente este enfoque epistemológico subrayando que la historia escrita por los vencedores es siempre teleológica y apologética: «A corto plazo puede ser que la historia la escriban los vencedores, pero a largo plazo los avances en el conocimiento histórico provienen de los vencidos».<sup>42</sup>

Escribir una historia crítica adoptando la perspectiva de los vencidos –tratando a veces de oír sus voces subterráneas, inaudibles en la superficie, ignoradas por los archivos oficiales o sofocadas por el discurso dominante– es sin duda la manera más fructífera, para los historiadores, de asumir la herencia de la onceava tesis sobre Feuerbach. Interpretar el mundo para transformarlo no significa convertirse en los defensores de una estrategia o en combatientes de una ideología, como lo fueron los «intelectuales orgánicos» del movimiento comunista del siglo XX. Más bien quiere decir, para el historiador, no considerar el pasado como un continente clausurado, definitivamente sellado. La antropología cultural nos enseña que las luchas del presente se alimentan del recuerdo de los combates perdidos, de las derrotas del pasado. En algunas circunstancias el presente puede entrar en consonancia con el pasado y *reactivarlo*. Según Siegfried Kracauer, «como Orfeo, el historiador desciende al mundo inferior para volver los muertos a la vida».<sup>43</sup> Walter Benjamin, por su parte, comparaba al historiador a un «traperero» (*Lumpensammler*) que se dedica a recuperar objetos abandonados,

olvidados, considerados inútiles, sabiendo que podrían servir un día, como los acontecimientos de un pasado que permanecen a la espera de una redención que llegará.<sup>44</sup> Hay quien dirá que semejante concepción de la historia equivale a rehabilitar en versión secular la dimensión mesiánica del marxismo, que este último había rechazado esforzándose por convertirse en una «ciencia». Pues bien, este mesianismo secularizado me parece un excelente remedio ante los fracasos de un marxismo concebido como ciencia de la historia.

Traducción de Gustau Muñoz

## NOTAS

1. Eric Hobsbawm, *How to Change The World. Tales on Marx and Marxism*, Londres, Little Brown, 2011, p. 384 [trad. cast.: *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Barcelona, Crítica, 2011, p. 389].
2. Thierry Aprile, «Marxisme et histoire», en Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia, Nicolas Offenstadt (dirs.), *Historiographies*, vol. 1, París, Folio-Gallimard, 2010, p. 515. En la mayor parte de manuales o diccionarios críticos de marxismo publicados en los últimos diez años la historia no es objeto de artículos específicos. Véase, por ejemplo, Jacques Bidet, Eustache Kouvélakis (eds.), *Dictionnaire Marx contemporain*, París, PUF, 2001. Tan solo dos historiadores, E.P. Thompson, fallecido en 1993, y Mike Davis, figuran en la «cartografía de los nuevos pensamientos críticos» establecida por Razing Keucheyan, *Hémisphère gauche*, París, Zones, 2010.
3. Matt Perry, *Marx and History*, Nueva York, Palgrave, 2002, pp. 4, 158. Carlos Aguirre Rojas, *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores*, Barcelona, Montesinos, 2004, caps. 2 y 3, traza un cuadro similar, si bien más atento a las articulaciones del marxismo con la historiografía en su conjunto.
4. Véase Terry Eagleton, *The Illusions of Postmodernism*, Oxford, Blackwell, 1996 [trad. cast.: *Las ilusiones del posmodernismo*, Buenos Aires, Paidós, 1997]; Alex Callinicos, *Against Postmodernism. A Marxist Critique*, Cambridge, Polity Press, 1989.
5. Véase Elias Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
6. Esta filiación la ha subrayado y reconstruido cuidadosamente Robert C. J. Young, *Postcolonialism. An Historical Introduction*, Oxford, Blackwell, 2001.
7. Eric Hobsbawm, «Marxist Historiography Today», en Chris Wickam, ed., *Marxist History-writing for the Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 185; Ellen Melksins Wood, «What is the 'Postmodern' Agenda?», en Ellen Melksins Wood, John Bellamy Foster (eds.), *In Defense of History. Marxism and the Postmodern Agenda*, Nueva York, Monthly Review Press, 1997, pp. 1-16.
8. Véase Perry Anderson, *Les origines de la postmodernité*, París, Les Prairies ordinaires, 2010 [trad. cast. *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000].
9. Para una reconstrucción crítica de estos debates, véase Enzo Traverso *L'Histoire comme champ de bataille. Interpréter les violences su XXe siècle*, París, La Découverte, 2011.
10. Véase Jean Chesneaux, *Du passé, faisons table rase? À propos de l'histoire et des historiens*, París, Maspérou, 1976 (una de las mejores síntesis de historiografía marxista de los años 1970) [trad. cast.: *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, Madrid, Siglo XXI, 1977].
11. Pierre Broué, *Histoire de l'Internationale communiste, 1919-1943*, París, Fayard, 1997; Paolo Spriano, *I comunisti europei e Stalin*, Einaudi, 1983; Franz Borkenau, *World Communism: a History of the Communist International*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1962.
12. Reinhart Koselleck, «'Champ d'expérience' et 'horizon d'attente': deux catégories historiques», *Le Futur passé. Contribution à la sémantique historique*, París, Éditions de l'EHESS, 1990, pp. 307-329.
13. Georg Lukács, *Histoire et conscience de classe* (1923), París, Éditions de Minuit, 1960, p. 41 [trad. cast.: *Historia y consciencia de clase*, México D.F., Grijalbo, 1969].
14. Walter Benjamin, «Sur le concept d'histoire» (1940), *Oeuvres*, III, Folio-Gallimard, 2000, p. 437.
15. Ernest Mandel, «Pourquoi je suis Marxiste» (1978), en Gilbert Achcar, ed., *Le marxisme d'Ernest Mandel*, París, PUF, 1999, p. 28.

16. Pierre Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction» (1973), en Jacques Le Goff, Pierre Nora, eds., *Faire de l'histoire*, Paris, Folio-Gallimard, 2011, p. 282.
17. Karl Marx, *Contribution à la critique de l'économie politique, Oeuvres I*, Paris, Pléiade-Gallimard, 1977, p. 273.
18. Karl Marx, «Lettre à la rédaction de l'*Otetchestwennye Sapki*», en Maurice Godelier, ed., *Sur les sociétés précapitalistes. Textes choisies de Marx, Engels, Lénine*, Paris, Éditions Sociales, 1970, p. 351.
19. Karl Marx, «Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte» (1852), en *Les luttes de classes en France*, Maximilien Rubel, ed., Paris, Folio-Gallimard, 2002, p. 176. Para una presentación de conjunto de los escritos de Marx sobre la historia, véase S.H. Rigby, *Marx and History. A Critical Introduction*, Manchester, Manchester University Press, 1987.
20. Louis Althusser, «Marxisme et humanisme» (1966), en *Pour Marx*, Paris, La Découverte, 2005 [trad. cast.: «Marxismo y humanismo», en *La revolución teórica de Marx*, México D.F., Siglo XXI, 1967].
21. Véase Ernest Mandel, *Trotsky*, Paris, Maspéro, 1979, pp. 134-147. La posición de Trotsky es presentada como paradigmática de esta «tendencia voluntarista» por Alex Callinicos, «The Drama of Revolution and Reaction: Marxist History and the Twentieth Century», en Chris Wickam, ed., *Marxist History-writing, op. cit.*, pp. 161-162.
22. Véase Dipesh Chakrabarty, *Provincialiser l'Europe. La pensée postcoloniale et la différence historique*, Paris, Éditions Amsterdam, 2009 [trad. cast.: *Al margen de Europa*, Barcelona, Tusquets, 2008].
23. Eric Hobsbawm, *How to Change the World, op. cit.*, p. 362.
24. Isaac Deutscher, «Marxism in Our Time» (1996), en *Marxism, Wars & Revolutions*, Londres, Verso, 1984, pp. 243-255 [trad. cast.: «El marxismo de nuestro tiempo», en *El marxismo de nuestro tiempo*, México D.F., Era, 1975, pp. 15-26].
25. Eric Hobsbawm, *L'Ère des révolutions 1789-1848* (1962), Paris, Hachette-Pluriel, 2002 [trad. cast.: *Las revoluciones burguesas*, 2 vols., Madrid, Guadarrama, 1974].
26. Eric Hobsbawm, *L'Âge des extrêmes. Histoire du court XXe siècle*, Bruxelles/París, Complexe, 2003, p. 642 [trad. cast.: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995].
27. Giovanni Arrighi, *Adam Smith à Pékin. Les promesses de la voie chinoise*, Paris, Max Milo, 2009 [trad. cast.: *Adam Smith en Pekín*, Madrid, Akal, 2011].
28. François Furet, *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée du communisme au XXe siècle*, Paris, Laffont/Calman-Lévy, 1995, p.18 [trad. cast.: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México D.F., FCE, 1995].
29. Véase, por ejemplo, Jürgen Osterhammel, *Die Verwandlung der Welt. Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*, Munich, C.H. Beck, 2009, pp. 758, 777.
30. Karl Marx, «Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte», *op. cit.*, p. 179.
31. Citado en Penelope J. Corfield, «The State of History», *Journal of Contemporary History*, 2001, vol. 36, n° 1, p. 156. Entre los seguidores puede incluirse a Paul Blackledge, *Reflections on the Marxist Theory of History*, Manchester, Manchester University Press, 2006.
32. E.P. Thompson, *The Poverty of Theory* (1978), Londres, Merlin Press, 1995, p. 63 [trad. cast.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981]. Solo reduciendo el marxismo a «la primacía de las fuerzas económicas, la objetividad del método científico y la idea de progreso» puede Georg G. Iggers hablar, tomando a Thompson como ejemplo, del paso de la «ciencia histórica marxista del materialismo histórico a la antropología cultural» (*Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Middletown, Wesleyan University Press, 1997, p. 88).
33. Isaac Deutscher, «1984: The Mysticism of Cruelty» (1954), en *Heretics and Renegates, and Other Essays*, Londres, Cape, 1969; Hannah Arendt, «The ex Communists» (1953), en *Essays in Understanding 1930-1954*, Nueva York, Schocken Books, 1994, pp. 391-400 [trad. cast.: «Los excomunistas», en *Ensayos de comprensión 1930-1954*, Madrid, Caparrós, 2005, pp. 471-481].
34. Georges Duby, *L'Histoire continue*, Paris, Odile Jacob, 1991, p. 107 [trad. cast.: *La historia continúa*, Madrid, Debate, 1992].
35. Pierre Vilar, «Histoire marxiste, histoire en construction», *op. cit.*, p. 245.
36. Eric Hobsbawm, *How to Change the World, op. cit.*, p. 391.
37. Michael Löwy, Robert Sayre, *Révolte et mélancolie*, Paris, Payot, 1992; Daniel Bensaid, *Le Pari mélancolique*, Paris, Fayard, 1997. Acerca de la melancolía de izquierdas, véase asimismo la conclusión de Enzo Traverso, *L'Histoire comme champ de bataille, op. cit.*
38. Walter Benjamin, *Gesammelte Schriften*, Frankfurt/M., Suhrkamp, 1997, vol. 13, p. 1232.
39. Carlo Ginzburg, *Le Fromage et les vers*, Paris, Aubier, 1999, p. 21 [trad. cast.: *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1981].

40. Adolfo Gilly, *La Révolution mexicaine 1910-1920*, París, Syllepse, 1995. Gilly ha señalado de manera explícita su relación con la obra de Walter Benjamin en su compilación *El siglo del relámpago*, México D.F., La Jornada Ediciones, 2002.
41. Ranajit Guha, «The Small Voice of History», *Subaltern Studies*, vol. IX, 1996, pp. 1-12.
42. Reinhart Koselleck, «Mutation de l'expérience et changement de méthode», en *L'Expérience de l'histoire*, Gallimard, París/Seuil, «Hautes Études», 1997, p. 239.
43. Siegfried Kracauer, *Histoire. Des avant-dernières choses*, París, Stock, 2005, p. 140.
44. Walter Benjamin, «Un marginal sort de l'ombre» (1930), *Oeuvres II, op. cit.*, p. 188.

.....

ÉNZO TRAVERSO (Gavi, Italia, 1954) es historiador y profesor en la Universidad Jules Verne de Picardía, así como investigador en el EHESS (París). Es autor, entre otras muchas obras, de *A sangre y fuego* (PUV, 2010). Su libro más reciente es *L'histoire comme champ de bataille* (2012). El presente artículo apareció originalmente en la revista *Actuel Marx* n° 50 (2011), especial bajo el rótulo «Pourquoi Marx? Philosophie, politique, sciences sociales».